

«cia, que se habia educado en el colegio germánico de Roma desde el año de 1601 hasta el de 1604, pasando un dia por el castillo de Kenigstein oyó los cánticos con que la comunidad luterana de este lugar celebraba el funeral de un ministro de su culto. *Dejemos que entierren decorosamente á su sinagoga*, exclamó; y el domingo siguiente subió al púlpito un Jesuita. Desde entonces acá no se dejaron ver mas los predicantes luteranos en este punto. Lo mismo sucedia en todas partes.»

La invasion de Alemania por los Jesuitas es uno de los hechos mas notables que nos ofrece la historia, y á ella deben la conservacion de su fe la Hungría, la Germania y Polonia. Los herejes se ocupaban en declamar en favor de los malos instintos de las masas, lisonjeándolos sin medidas; y como no tenian otra instruccion que la que les ofrecia su odio á los papistas, no se atrevian á luchar á cara descubierta con los Jesuitas; pero en cambio echaban mano de la injuria ó de la calumnia, ya que no podian valerse de razones. Los Protestantes de Alemania no podian oponerse á los progresos del catolicismo, pero intentaron al menos ponerle trabas; y así empezaron á esparcir los rumores mas extravagantes, inventando cuantas fábulas pudo sugerirles su imaginacion, desnaturalizando todos los sucesos, y haciendo un crimen de todas las circunstancias, aun las mas indiferentes. Otras veces se les vió ensayar sus ataques, ocultándolos bajo el velo del anónimo, y repartiendo con profusion una infinidad de memorias denunciadoras, y de discursos pronunciados en las dietas polacas y en las asambleas germánicas, que á pesar de ser obra de los Protestantes, eran atribuidas á señores católicos, aunque cubiertas con el velo de un seudónimo. Léese en uno de estos folletos, que por acaso se ha conservado, lo siguiente:

«Los Jesuitas se han hecho árbitros de la eleccion de los reyes para emplear en seguida la autoridad suprema en satisfacer sus pasiones. Ellos son los que han suscitado las disensiones que han ocurrido en Livonia, Riga, Lituania y Volhynia. Por un lado, se les ha visto apoderarse en Cracovia de las iglesias, expulsando de ellas á los sacerdotes que las poseian, sin tener miramiento alguno á su edad y enfermedades; por otro, ellos tienen la culpa, y por instigacion suya ha sido incendiado el templo que el Rey y los Estados habian otorgado á los Luteranos, y poco faltó para que el incendio devorase la ciudad entera. En

«Polock y en la Lituania han arrojado á los curas de sus casas; y en muchas otras comarcas de la pequeña Rusia, han arrebatado para sí los terrenos mas fértiles, despojando á los ciudadanos mas opulentos. Sus colegios en Polonia son palacios y ciudades fortificadas, desde donde dominan las poblaciones, y parecen amenazarlas continuamente con una guerra devastadora. Lo propio sucede en Lublin y Posen. Y siendo así, ¿qué tiene de extraño que los eclesiásticos católicos se crean obligados á dar á conocer en los púlpitos de Lublin y Cracovia á unos hombres tan monstruosos? Bien lo habia pronosticado el difunto Juan Zamoycki, canciller del reino y general del ejército, tan apreciado de la república, cuando dijo que era necesario ir con mucho tiento antes de admitirlos en los asuntos del Estado; y el obispo de Cracovia creia que esta Sociedad habia sido formada para destruir los dogmas de la Iglesia romana, para excitar á la sedicion, oprimir á los ciudadanos honrados de la república, y destruir las buenas costumbres. Y por último, tampoco iba errado en su cálculo el Dr. Pius, célebre médico, cuando confesaba que era una gran desgracia para la república el no haber expulsado cuanto antes á semejantes hombres.»

Tal era el medio de que se valian los sectarios para entretener la desconfianza contra los Jesuitas; imputábanles todos los males, y les declaraban culpables de todos los crímenes. Esta irritacion permanente solo necesitaba para estallar un pretexto cualquiera; y este no se hizo aguardar mucho, pues como habia salido á luz el calendario Gregoriano, y en su redaccion habia trabajado el P. Clavio, esto suministró armas á los émulos de la Compañía. Un soberano Pontífice acababa de poner en orden la confusion que reinaba entre el año trópico y el civil, terminando con mejor resultado para la era cristiana lo que Julio César habia emprendido para la pagana; pero este beneficio otorgado á las naciones por la ciencia, fue en un principio rechazado por los herejes. «Los Protestantes de todas las comuniones, dice Voltaire¹, se obstinaron en no admitir de manos del Papa una verdad que hubieran debido recibir de manos del turco, si este se la hubiese propuesto.» Vióselos, y se les ve aun en el dia hacerse un arma contra la Iglesia de la prision de Galileo y de su célebre palabra: *E pur si muove*. Los herejes solo han olvidado una cosa, y es que

¹ *Ensayo sobre las costumbres.*

ellos habian sido mas intolerantes que la misma Inquisicion. Esta discutia con Galileo, condenando su sistema mientras esperaba mas amplias explicaciones; al paso que ellos sublevaron las masas, para que rechazasen una innovacion saludable.

Ni siquiera comprendian las ventajas de este cambio; pero habian trabajado en él los Jesuitas, y empleaban todos los recursos de la persuasion para hacerle admitir; y esto solo bastaba á los Protestantes. A la voz de sus ministros atacaron al calendario Gregoriano y á los Jesuitas como sus autores, corriendo á las armas la Bohemia, la Estiria, la Alsacia, la Baviera y la Hungría, para anonadar á esta Sociedad religiosa, y sin que desde Ausburgo hasta Riga se oyese otro grito que el de la indignacion; grito ó santo y seña dado á la necedad por el fanatismo contra los Padres. Testigo de estos excesos fue el año de 1584, cuyo origen, como el de todas las revoluciones, aun las mas decisivas en sus consecuencias, fue debido tan solo á causas las mas vulgares.

El calendario Gregoriano habia sido adoptado por el senado de Ausburgo, y aun habia empezado este á aplicarle desde luego, llegando por consiguiente la Cuaresma mas pronto que de costumbre. Los cortantes de la ciudad, casi todos protestantes, que no habian contado con este trastorno, se insurreccionaron de mancomun, y queriendo tomar su desquite, á la llegada de la Pascua, condenaron á una abstinencia forzada á los Católicos cerrando sus tiendas. Tomó el Senado sus medidas, haciendo desaparecer la escasez que proyectaban los sectarios; mas no por eso se dieron estos por vencidos: insurreccionáronse de nuevo, quejándose de que habiendo llegado la Cuaresma con tanta antelacion, se habian arruinado completamente; y para vengarse de la innovacion pontifical, sitiaron la casa de los Jesuitas, disponiéndose á incendiar el colegio, y á sepultar á los Padres entre sus ruinas, haciendo causa comun con los Luteranos. Iba ya á ser ejecutada la amenaza, cuando en lo mas recio del tumulto, una mujer mas previsora aun que los magistrados, difundió la noticia de que acababa de entrar en la ciudad el duque de Baviera al frente de quinientos caballos; y al oír este nombre que los Luteranos habian aprendido á temer, se apaciguó la sedicion, y poco á poco se fué retirando el populacho, aplazando sus proyectos de destruccion para una ocasion mas oportuna.

Empero las circunstancias no fueron en todas partes tan favo-

rables á los Jesuitas. El senado de Riga habia seguido el ejemplo de Ausburgo, dando fuerza de ley al calendario Gregoriano. En la noche de Navidad de 1584 sublevó al pueblo un ministro protestante contra los Jesuitas, quienes, segun decia, lo habian trastornado todo en el universo, la Religion, el idioma, las estaciones, y aun la marcha del tiempo. Conducidas las turbas por este fanático se lanzaron en la iglesia de los Jesuitas, interrumpiendo la misa del gallo, y disponiéndose á saquear el templo. Trató el gobernador de la fortaleza y los ciudadanos pacíficos de calmar aquella efervescencia; pero todo fue inútil: por espacio de un mes permaneció la ciudad en estado de sitio.

El calendario Gregoriano venia á ser un atentado en aquella época (*). Con los terrores supersticiosos que tan fáciles son de acoger por los ánimos de las masas, los Protestantes habian llegado á inspirar á sus correligionarios una desconfianza tal con respecto á los Padres, que no tardó en transformarse en uno de esos odios que impelen al asesinato ó al desorden. Los Jesuitas llegaron á ser en el concepto de los aldeanos que habitaban las campiñas de la Estiria, Bohemia y Alsacia, unos enemigos públicos, á quienes perseguian aquellos con las armas en la mano, porque esperaban los instigadores que haciéndolos odiosos, les obligarian á salir de un país en donde solo podian esperar una horrible persecucion; mas los Padres persistieron, y su persistencia triunfó por último.

En 1588 se hallaban mas fuertes que nunca. Constituyeron un colegio en Krumon, en la Bohemia, donde Bernardo Rotmann habia introducido la herejia en 1553, dándola por basa la ciudad de Munster. Al saber los Católicos que existian unos hombres dotados de suficiente energía y ciencia para luchar contra sus pastores protestantes, y que estos eran los Jesuitas, se decidieron á llamarlos poniendo un colegio á su disposicion, en el que al primer mes se contaban setecientos jóvenes alumnos que acudian agolpándose en derredor de sus cátedras. En el mismo año pasaron los Jesuitas á Lucerna, cuyos moradores, así como los de la ciudad de Lauffen y demás poblaciones inmediatas, que habian adoptado los errores de Zwinglio, regresaron al catolicismo al oír

(*) ¡Qué miseria! ¡Y aun tendrán valor para hablar de la ignorancia y fanatismo de los Católicos, especialmente de los españoles!

(Nota del Traductor).

la voz de los Jesuitas, fundando Luis Pfliffer un colegio á la Compañía, para eternizar por medio de la educacion la obra que el apostolado habia empezado con tan buenos auspicios. Las ciudades de Bade é Hildesheim recurrieron al general Aquaviva para que les enviase misioneros y catedráticos, mientras que en Wurzburg edificaron otra casa. Hallábanse en Aix-la-Chapelle, cuando en 1589 reprendiendo un Jesuita la disolucion de costumbres á algunos miembros del clero, exasperados estos se unieron á los sectarios, y dirigieron un motin popular contra ellos, expulsándolos de la ciudad. Recogiólos el obispo de Basilea, y deseando conservarlos á su lado, les cedió un colegio en Porentruy. En el condado de Glatz, un protestante al morir habia legado para la fundacion de obras pias una suma considerable, que el Senado trató de invertir en la ereccion de una escuela luterana; pero previendo un religioso agustino, que á la sazón ejercia el ministerio en la ciudad, los males que resultarían á los Católicos de semejante fundacion, escribió al Emperador y al nuncio de la Santa Sede, pidiendo que se invirtiese el legado en proporcionar un establecimiento á los Jesuitas; deseo á que prestó su asentimiento el Emperador, dándose desde luego principio á la creacion de un colegio, á pesar de la oposicion de los Protestantes.

Los Países Bajos eran todavía teatro de la guerra civil; pero su vencedor, el duque de Parma, trataba de consolidar su victoria por medio de la educacion mas bien que por el terror. En 1581 sometió á sus armas la ciudad de Tournai, y en el mismo instante instaló en ella á los Jesuitas. En el mismo año escribió Ernesto de Baviera, obispo de Lieja, al General de la Compañía la carta siguiente: « Como los Padres de vuestra Sociedad han hecho « con sus predicaciones y administracion de Sacramentos pro- « gresar tanto á la religion católica, que, mientras que todas las « provincias belgas que nos rodean eran presa de la herejía y « víctimas de las sediciones, la sola ciudad é iglesia de Lieja han « conservado la fe católica, sin haber consentido jamás en admi- « tir hereje alguno en su seno; nosotros por nuestra parte quere- « mos emplear todas nuestras fuerzas para que se perpetúe la obra. « Queremos que vuestros Padres no tengan razon alguna para « abandonar la ciudad, y por lo tanto ordenamos que se dote su- « ficientemente su iglesia y su colegio. »

Guillermo de Orange falleció en 1584 víctima del puñal de un

fanático llamado Baltasar Gerardo, atentado que en nada cambió la posicion. Habia llegado este Principe á formar de la Holanda una república que será llamada un dia á ejercer una gran influencia en la Europa, ya por los hombres grandes que va á producir, ya por el inmenso comercio que llevarán sus buques á los confines del mundo. El duque de Parma no trató de ocultar al Rey sus previsiones. Los triunfos militares eran poco menos que impotentes contra una voluntad tan evidentemente manifestada. Alejandro Farnesio era de parecer que la autoridad eclesiástica y real estribase sobre un fundamento mas sólido; y por lo tanto decidió á Felipe II á otorgar á los Jesuitas el derecho de poseer legalmente en el territorio belga, y el de hacer uso de los privilegios que les habia concedido la Santa Sede. Hasta entonces se habia negado á ello el Rey, por motivos mas bien políticos que religiosos; pero la fuerza de los acontecimientos y la prudente audacia del duque de Parma triunfaron al fin de su calculada resistencia, y el Instituto de los Jesuitas fue legalmente constituido en Bélgica en el mes de mayo de 1584. La universidad de Lovaina trató de hacer alguna oposicion, pero el duque de Parma no se detuvo en dar un paso, cuya causa estaba tan poco oculta. Apenas se hubo publicado el decreto de Felipe II, cuando todas las ciudades quisieron tener una casa de Jesuitas, porque el catolicismo se hallaba arraigado en los corazones de los belgas. Sin embargo en Luxemburgo el celo indiscreto del gobernador del ducado, ó mas bien su codicia, acarreó un triste conflicto. En 1583 habia mandado que fuesen desde Tréveris algunos Jesuitas para predicar el Adviento. Obedecieron estos, y concluida la estacion, se disponian á partir, cuando les declaró que no les habia llamado con otro objeto que el de que fundasen una colonia en Luxemburgo; y que si se obstinaban en retirarse, les mandaria cerrar las puertas. Empezóse efectivamente á erigir un colegio inaugurado bajo tan favorables auspicios, coadyuvando espontáneamente los habitantes á su ereccion; pero deseando el gobernador acelerar la construccion del edificio, impone nuevas contribuciones á los principales ciudadanos, y aun se las arranca á viva fuerza á los que no querian contribuir á la obra. Esta medida, que llevaba en sí misma el carácter de odiosa, no podia menos de resaltar sobre los Jesuitas, á quienes se atribuia semejante sistema de exaccion; por lo que no tardaron los descontentos

tos en quejarse al General, quien para cortar semejantes murmullos, mandó que cesase la obra proyectada en Luxemburgo, y llamó á su lado á los Jesuitas que se habian instalado en aquella ciudad.

En medio del tumulto de las armas progresaba visiblemente en Bélgica la Compañía de Jesús; pero la universidad de Lovaina la suscitaba enemigos por todas partes. Habian triunfado de ella en una circunstancia tan decisiva, Belarmino por su saber, y Toledo por su prudencia, que Baio y sus partidarios no la perdonaban jamás este triunfo. El orgullo de los teólogos de la universidad habia sucumbido á la lógica de Belarmino. Los PP. Leonardo Lessio y Hamel caminaban por las mismas huellas; y como Baio se habia visto precisado á retractarse públicamente en manos de Toledo, se resolvió á su vez á acusar á Lessio de innovador. Extractó de sus obras varias proposiciones que presentó como contrarias á la doctrina de san Agustín, y muy próximas á los errores del pelagianismo. Sábese ya lo poco afecto que era Sixto V á la Compañía, y á nadie se le ocultaba la guerra que trataba de hacerla; así es que, aunque Lessio habia contestado vigorosamente á las objeciones de su antagonista, habiendo este apelado á la Santa Sede, quiso el Pontífice examinar por sí mismo las proposiciones denunciadas á su tribunal supremo; pero visto su contenido, declaró en presencia del sacro Colegio que él mismo las habia enseñado, y que estaban á cubierto de toda censura; encargando en seguida á Octavio Frangipani, su nuncio en Bruselas, que entienda en este negocio. Este promulgó en 1588 un decreto en que, después de haber trazado la historia de las controversias de Lovaina, «sobre algunas proposiciones de una sana doctrina, prohíbe, cuanto está en su poder, que nadie se atreva á tacharlas formalmente de heréticas, sospechosas, ofensivas ó peligrosas.»

Fue este decreto del Nuncio un golpe tan fatal para Baio, que murió de sentimiento algunos meses mas tarde. Para vengar este asesinato, como le llamaban sus discipulos, se coligaron después de haberle llorado; pero si les quedaba en Lessio un temible adversario, no tardó en presentárseles otro cuyos talentos eran ya célebres en Bélgica; era este el P. Martin Antonio Del-Río, que antes de entrar en la Compañía de Jesús habia sido uno de los miembros del consejo supremo de Brabante, é intendente del ejér-

cito de Felipe II; dignidades todas que no pudiéndose conciliar con su afán de aprender y orar, hubo de renunciarlas para ingresar en el noviciado de Valladolid. Con algunos años de intervalo se dejó ver en las universidades de Salamanca, Douay y Lovaina, donde su elocuencia, junto con su erudicion, prestaba á su enseñanza un atractivo tan poderoso, que los mas hábiles doctores se gloraban de asistir á sus lecciones.

Justo Lipsio, el célebre filósofo holandés, desempeñaba á la sazón una de las cátedras en Leyde. Seducido por los aplausos que le prodigaba la erudita Alemania, se habia separado en algunos puntos de las doctrinas católicas, siendo su conquista tan importante al luteranismo, que se hacia muy difícil, si no imposible, el designar á un hombre siempre adulado la senda peligrosa en que se hallaba comprometido. Sin embargo, el P. Del-Río tomó por su cuenta esta mision; y Lipsio tuvo bastante grandeza de alma para reconocer su error, como lo vemos palpablemente en una de sus cartas dirigida al Jesuita, cuyo contenido es el siguiente: «Nuestra antigua y verdadera amistad, le escribo desde Maguncia en 1591, no me permite ocultarte el crimen que he cometido. Por la bondad de Dios, me he desembarazado de las redes en que me habia dejado coger, y he podido lograr trasladarme á Alemania cerca de los Padres de tu Compañía. Dignate acordarte de mí en tus oraciones, porque, después de haber recibido tu saludable carta, no he podido disfrutar un instante de reposo. Gracias á Dios sean dadas, porque á pesar mio y en despecho de todos mis esfuerzos, me ha libertado del peligro que corria, y me ha colocado en un lugar en que puedo ser útil á la Iglesia y al Estado, lo que espero hacer con su ayuda. Regocíjate, hermano mio, puesto que has salvado tu hermano y amigo, y perdóname lo pasado. Mi mujer, mis hijos y mis muebles están todavía en Holanda, de donde los haré venir para reunirme en seguida con los buenos católicos.»

Justo Lipsio era digno de la amistad del P. Del-Río, y como tal perseveró en sus nobles sentimientos. Después de haber abandonado á la Holanda, su patria, que le ofrecia la fortuna y la gloria en recompensa de su apostasia, se estableció en Lovaina, donde, á instancias de los Jesuitas recobró por la proteccion de Felipe II y del archiduque Alberto, cuanto habia sacrificado á su fe.